

## DE LAS CIMAS

Á LUIS TERRAZAS, hijo.

El Popocatepetl y el Chimborazo  
alzan sus dombos de perpetua nieve  
en el cristal del invertido vaso  
del cielo, lapislázuli-azul leve.

Ojo de oro el sol, de lo alto mira  
los albeantes vértices, dos senos  
erguidos en el aire; y se retira,  
trasponiendo los términos serenos.

Ni nubes, ni celajes, los fulgores  
recogen en sus gasas. Persistente  
del astro el beso funde sin rumores,  
gota á gota, la nieve, hasta la fuente;

y comienza el murmullo en los delgados  
hilos de plata, que en cordones luego  
bajan por la vertiente destrozados,  
con gárrulos cantares de labriego.

Corren unidas por los pétreos flancos  
de los montes solemnes; y se arrojan,  
con extraño fragor, en los barrancos,  
como corcel á quien la rienda aflojan.

¡Qué matizada la rivera incierta!  
¡Cómo copia la linfa transparente  
las flores y las pomas de la huerta,  
al desfile fugaz de la corriente!

La esperan ya, por el cercano estribo,  
los dientes de la rueda impulsadora;  
y más abajo, exúbero, el cultivo  
de las espigas que el Otoño dora.

¡Qué perfumes, qué cantos la acompañan  
en los collados de la costa rica!

¡Qué curvas de mujer sus ondas bañan,  
cabe el palmar que, trémulo, abanica!

Hinchada en amplio lecho, encuentra pronto  
la hélice á su paso, siempre alerta;  
y adelante, sumérgese en el Ponto,  
ávida fauce sin cesar abierta. . . .

. . . . Del Popocatepetl y el Chimborazo,  
ojo de oro, el sol mira la cumbre  
cubierta por espeso nublonazo,  
huyendo el beso largo de su lumbre.

Y atónito descende, porque ignora  
que ese beso vertió las níveas perlas  
que diademan la cima soñadora,  
y fué después al Ponto á recogerlas,

tendiendo por los anchos horizontes  
las mallas de la nube obscurecida,  
que llora copos en los altos montes,  
para volver en perlas á la vida.

¡ . . . . . !

Dame ¡Señor! la lívida sonrisa  
que quiso dibujarse en tu semblante,  
cuando la plebe á Barrabás triunfante  
levantó sobre Ti. Dame una risa

amarga y sin rumor con que la brisa  
no se agite en un átomo, delante  
de la víctima herida y palpitante,  
que al sacrificio préstase sumisa.

Sé llorar, no reir. Tú sabes cuánto  
desengaño en mi espíritu se encierra!  
Invoco tu poder, tu nombre santo.

El dolor me quebranta, no me aterra;  
y ¡oh Señor! en mis ojos cabe el llanto  
como en el mar las aguas de la tierra.

## HIMNOS SALVAJES

AL DR. MANUEL FLORES.

En vano ocultas las sangrientas garras  
bajo la piel de oveja;  
lo que tocas lastimas ó desgarras,  
y rojos rastros tu impaciencia deja.

Antes hermoso—la melena al aire  
y los ojos de lumbre—  
me pareciste en el brutal desgaire  
con que hollaste á tu víctima en la cumbre.

La selva resonaba con tu acento;  
y al par de tu rugido,  
en las trémulas ráfagas del viento,  
vibraba ledamente su gemido.

¡Ah! cómo hundiste la cabeza hirsuta  
en sus carnes abiertas! . . . .  
Lluvia de sangre salpicó, en la ruta,  
la alfombra doble de las hojas muertas.

Bajo del verde toldo de los sauces,  
con épicos enojos  
la sacudiste en tus enormes fauces,  
regando estremecido sus despojos.

Bostezaste de hartura; y ví en tu boca,  
del sol á los urentes  
rayos—en el licor que te sofoca,—  
una hoguera cogida con los dientes.

Después, alzada la monstruosa testa,  
desafiando todo;  
y echándote á la hora de la siesta,  
en tu lecho triunfal de sangre y lodo.

Te arrullaban el sueño, del torrente  
los hórridos bramidos,

y las ramas mecidas reciamente,  
despojándose de hojas y de nidos.

En la profunda soledad ignota,  
en tu sangrienta charca,  
eras la bella y triunfadora nota;  
de las selvas el único monarca. . . .

Vuelve, vuelve á tu bosque solitario;  
que no es gentileza  
en tu robusta mano el incensario,  
ni en tu carácter firme la vileza.

León naciste en guájara sombría;  
allá busca tu imperio,  
y serás como el sol en pleno día. . . .  
la voz del huracán es tu salterio.

Deja la estrofa desmayada y flébil  
que hoy al éxito entonas,  
al cortesano adulador y débil  
ajeno á luchas, triunfos y coronas.

No te deshonres más con torpe anhelo  
bajo la piel de oveja;  
levanta tus rugidos hasta el cielo,  
al viento libre la melena deja.

Sólo eres bello al esgrimir las garras  
y hechos lumbre los ojos;  
sólo eres bello así cuando desgarras  
y riegas palpitantes los despojos. . . .

Ve; que te aguarda en la feral caverna,  
que el bejucal encubre,  
la hembra bronca, la salvaje tierna  
que el celo agita al comenzar Octubre.

Desentume tus músculos de acero;  
con ronca voz te llama  
el árbol, que se rompe al soplo entero  
de la deshecha tempestad que brama.

Emprende hacia las selvas el camino;  
ya se esparcen las hojas. . . .

y las bellotas del vetusto encino,  
y las frutillas del madroño rojas. . . .

Írguese el pino pensativo y grave  
que asombra la montaña;  
empieza el viaje presurosa el ave;  
el pastor abandona la cabaña:

va en busca de las abras escondidas,  
huyendo de la nieve,  
que avanza por las cumbres ateridas  
cubriendo el suelo con su copo leve.

Se escucha de las águilas el grito;  
en sus rápidos vuelos,  
se lanzan como en pos del infinito,  
al límite brumoso de los cielos.

Cruza á las veces tímido venado  
la senda abandonada,  
poco á poco, avisor, y adelantado  
al ruidoso tropel de la manada.

Cualquier rumor insólito le asusta;  
y emprende la huida  
como hostigado por mordente fusta,  
como flecha del arco despedida.

Del ancho arroyo por el cauce seco  
muge el toro salvaje  
con recia voz que le devuelve el eco,  
mezcla extraña de amor y de coraje.

Es un himno de notas misteriosas,  
en la quietud del monte,  
la existencia secreta de las cosas,  
á la luz espectral del horizonte.

Muere el sol en un vórtice de fuego;  
y al ver aquella pira,  
alza naturaleza, en són de ruego,  
los mas hondos sonidos de la lira.

Suena gárrulo el viento en la espesura;  
y del verde oleaje

del duro robledal, vuelve á la altura  
y deshace en los cielos el celaje.

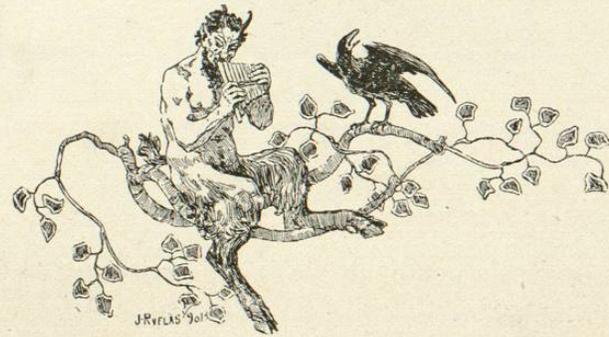
Ásciende un vaho, refrescante y vivo,  
de la yerbosa alfombra;  
es un espasmo el beso fugitivo  
de la luz moribunda y de la sombra.

Se enruborece el último reflejo  
en la efímera nube. . . .  
Del recogido ánimo perplejo  
á Dios, vibrante, la plegaria sube.

La noche surge, envuelta en sus crespones,  
de la barranca umbría,  
y flotan en las cimas los girones  
de la deshecha clámide del día. . . . .

La bondad es el germen de las cosas;  
el cielo centellea  
cuajado de astros, blancas mariposas  
que vuelan en la luz que parpadea. . . .

La Ciencia crece, pero el bien naufraga. . . .  
Vuelve, vuelve á tu bosque solitario,  
¡Oh rey de las inmensas soledades!  
que en su misterio, cuando el sol se apaga,  
la tierra se convierte en incensario  
de un Dios que no conocen las ciudades!





Á JULIO LUJÁN.

En la pendiente de la vida he visto,  
doblado por el peso del madero  
y enrojecido por su sangre, á Cristo.

El pueblo despreciábale altanero;  
no se alzaba en redor piedad ninguna,  
Él iba humilde, sí, pero severo.

¿Nimbaba su cabeza luz de luna  
ó resplandor de fugitiva estrella  
reflejada un instante en la laguna?

No lo sabré jamás, la luz aquella  
era la del Tabor —la indeficiente,—  
y no dejaba en los espacios huella!

Vociferaba insólita la gente,  
Él su camino lento proseguía  
y el sudor inundábale la frente.

El llanto su mirada obscurecía  
á las veces, y en lágrimas deshecho  
por su semblante pálido corría.

Era á cada momento más estrecho  
el camino y más dura la jornada  
y el aliento más débil en su pecho.

La turba cada vez más alentada  
le seguía brutal como si fuera  
bestia feroz por perros acosada.

Escarnios y blasfemias por doquiera  
resonaban en torno de aquel justo  
que lanzaba su lágrima postrera.

Era Jerusalén, ebria de gusto  
con Barrabás en hombros, y mostrando  
al excelso Señor el rostro adusto.

Cerré los ojos para abrirlos cuando  
cesó el rumor; Jesús resplandecía  
¡ay! enclavado en el madero infando....  
¿Hace ya muchos siglos?... Hace un día!



## HIMNOS SALVAJES

Á BALTAZAR MUÑOZ LUMBIER.

La sombra se disuelve en la alborada  
que resurge en el término remoto;  
gira riendo el aura perfumada  
en torno de la flor que abre su broche;  
y la pálida luna, flor de loto,  
lo cierra entre las manos de la noche.

En lívidas guirnaldas las estrellas  
del Alba alfombran el veloz camino,  
hundiéndose en el polvo de las huellas  
de la efímera diosa fugitiva;  
copia de la esperanza y del destino  
en lucha desigual y siempre viva.